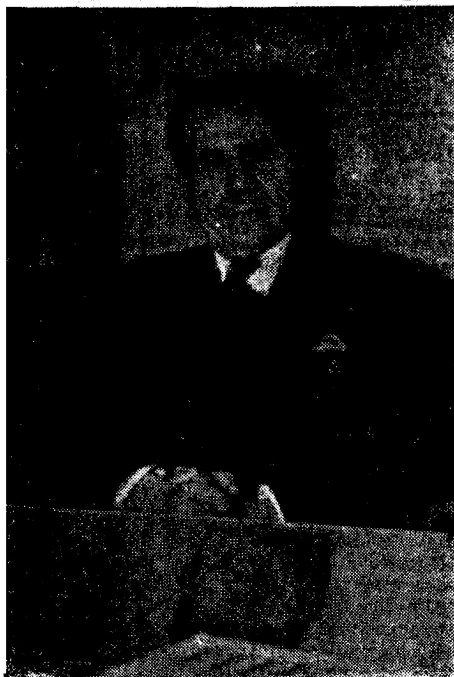


Últimas actividades.— Entre las últimas actividades desplegadas por el Instituto Chileno-Francés de Cultura se destaca la realización de un festival franco-británico, llevado a cabo con la cooperación del Instituto Chileno-Británico de Cultura y de la Universidad de Chile. Este festival contó con conferencias sobre variados temas culturales franco-ingleses (música, pintura, teatro, educación, literatura), presentaciones dramáticas, conciertos sinfónicos, exposiciones pictóricas. En todos estos actos intervinieron personalidades y entidades, tanto chilenas como francesas e inglesas.

Por todas sus actividades, el Instituto Chileno-Francés de Cultura —que muy próximamente deberá renovar su Directorio, el que, de acuerdo con las normas fijadas por la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual, de la que depende, se reúne periódicamente, a fin de regir su marcha—, da una prueba palmaria de gran vitalidad, del interés con que sirve los afanes culturales franco-chilenos, y de la necesidad de su existencia, al mismo tiempo, que constituye un legítimo orgullo para la Comisión que lo patrocina



Presidente del Centro Chileno-Francés de Cultura, Prof. Francisco Walker Linares.

RINCON DE LETRAS

EDUARDO MALLEA, PENSADOR ARGENTINO

Selección del libro "Historia de una pasión argentina"

Para muchos lectores será una novedad este joven y gran escritor argentino, que en varios volúmenes que han sacudido el interés del público culto de su nación, ha revelado una personalidad en que parecen juntarse la fortaleza espiritual de Sarmiento con la elegancia del concepto de Rodó. Espigamos aquí en su interesante libro: "Historia de una pasión argentina", pleno de un fervor por la argentinidad que debiera servir de ejemplo a nuestra perezosa criollo actual, envilecida por la imitación simiesca, por el carneraje de todo lo que tiene marca extranjera.

La pretensión de estas páginas no es poca, y demasiado grande su propósito; porque pretensión y propósitos suyos son encontrar en su camino algunos hombres y detenerse con ellos y contarse los unos a los otros la causa de su contrición y de su fe, y decirse: "Por esto vivimos, por esto padecemos, por esto lucha-

mos, por esto amamos, por esto nos desangramos y por esto morimos".

Yo no sé que haya en la tierra, con excepción de la fe misma, otra posibilidad de confortación.

De nada he tenido nunca hambre más viva que de esta especie de hombres en quienes la ley terrible del

vivir se redime por una efusión ple-
tórica de la naturaleza y el corazón.
De esas especies extraimantadas que
nada guardan para sí.

.....
Cada mañana, en la Facultad, en
vez de encontrar a un maestro, a un
hombre cuya función es enseñar, en-
contraba a un señor o varios aboga-
dos, cuya obligación presupuestaria
era "enseñar". Hombres vacuos, pe-
tulantes y grises, sin sentido autóen-
tico de la vida, algunos de los cua-
les, en la Facultad de Derecho de
Buenos Aires, hacían mofa ridícula
de su propia asignatura, prefiriendo
a otra cosa menos miserable y más
decente, exhibir ante los estudiantes
el alrecllo de un trivial ingenio bur-
gués. Y de estos hombres, yo me
acuerdo, no me olvido. He visto a al-
gunos de ellos tener después mando
en el país, levantar sobre tantas ca-
bezas de buena voluntad su perspi-
cacia cínica de medradores, demago-
gos y políficos. Y he sentido enton-
ces, con terror, con miedo de veri-
ficarlo, que el país que los llamaba
podía parecerse a ellos.

.....
Más me enseñaba un arrebatado pa-
saje de ficción, el grito de un agonis-
ta, que todos aquellos profesores mo-
nótonos y rutinarios. Y eso no debía
ser así. ¿Qué era lo que les faltaba
a esos hombres, a esos maestros? No
lo supe entonces y sólo más tarde
me lo enseñaría un gran americano;
lo que aquellos hombres tenían de
malo era un mal simple, era el mo-
do sin vida como vivían, aprendían
y enseñaban. Lo que yo había lla-
mado monotonía mortal o insufi-
ciencia, lo que encontraba en esos
enseñantes de terrificamente letal,
era precisamente su privación de vi-
da.

.....
He odiado a esta gente culpable-
mente falsa; habría querido acosar-
los, golpearlos, reducirlos al silencio,
limpiar la atmósfera de su presencia.
Y, día tras día, lo único que lograba
era sentirme parecido a ellos, conta-
minado. Me dominaba su mismo
errar entre noticias y noticias de pe-
riódico, el mismo amor propio, las
mismas argucias para pasar por en-
terado ante el tonto, el mismo espí-

ritu de ironía y burla a costa del
cándido, la misma suficiencia y so-
breestimación de sí, la misma estupi-
dez de fondo, la misma complacen-
cia en el capital omnipotente de mi
bien llevarme y bien traerme, en mi
apariencia exterior, en mi vanidad,
la misma ambición mundana, el mis-
mo desparpajo y la misma soberbia,
el mismo patalear delirante en una
ignorancia vestida de información, la
misma incapacidad de espíritu preci-
so, el mismo afán tenaz por juzgarlo
todo desde arriba, la misma estultez
de criterio, el mismo convencionalis-
mo, la misma mojigatería, el mismo
fariseísmo ululante en el charco de
los resentimientos personales, las en-
vidias, los celos, las animadversiones
personales. Ni un solo rasgo de ver-
dadera libertad, ni un solo rasgo de
voluntad inteligente y libre; ningún
arranque de orgullo verdadero —que
consiste en tenerlo sin que luzca— de
verdadero señorío, de predominio au-
stero y seguridad interior, no mani-
fiesta, serena sobre las circunstancias
y los hombres.

Contaminado. Así me sentía. Y
odiaba a esos deformadores, a esos
traidores, a esos burgueses dormidos
en el lecho de cierta venal incuria.

.....
Todo lo que encontraba perdido en
estos hombres regentes, necesitaba
descubrirlo en otros rescatado. Pero,
ante todo, era menester definir el ori-
gen del mal visible en la superficie
del país. ¿Tenía su origen ese mal en
el espíritu, en el alma, del intelecto
de esos argentinos con voz de predo-
minio? Evidentemente, en ninguno de
los tres. No era un delito del espíritu,
del alma, del intelecto— aunque los
tres estuvieran espontáneamente com-
plicados. Era un delito de la con-
ciencia. El delito de esos hombres
que habían suprimido sus propias
raíces y tenían al país substancial-
mente en el aire, no era otra clase
de aberación. No es otra la aberra-
ción del mercader en lo moral.

Era como si estuvieran vendiendo
a buen precio la adulteración de un
producto natural, todos estos magis-
trados, señores, funcionarios, profe-
sionales, industriales; personajes, to-
dos estos, argentinos visibles.

¿Flagelación? ¿Flagelación para
ellos? No, no, nada de eso. Sino de-
jarlos con sus medios en la mano y

seguir uno solo por su lado, por su solitario lado, con los oídos vueltos al cántico interior de la tierra, al cántico de los hombres. Andar, solo, hasta encontrar a los otros solitarios.

Que de todos esos solitarios se hace torrente que limpia el cieno. El torrente de los que tienen fe, de los que no se mienten a sí mismos, de los que no pactan ni quieren prebenda. De los grandes honrados en su soledad. De los que en su soledad preparan en sí, para los otros, la buena compañía.

.....

“No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu: piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de ti una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre ti caigan, sean de los que llamamos prósperos, o de los que llamamos adversos, o de los que parecen enviarnos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido que, al menos, se pueda decir siempre de ti que eres un hombre”.

.....

.....

Cuando este hombre invisible fué para mí visible, cuando me acerqué en la ciudad capital y en las ciudades del interior a su continente grave sin solemnidad; silencio sin resentimiento; alegre énfasis; activo sin angurria; hospitalario sin cálculo de trueque, naturalmente pródigo; amigo de los astros, las plantas, el sol, la lluvia y la intemperie; pronto a la amistad, difícil a la discordia; humanamente solitario hasta el más inesperado y repentino sacrificio; lleno de exactas presciencias y zumos de sabiduría, simples sin alarde de letras; justo de fondo, más amigo del bien directo, de la ecuanimidad de corazón que del prejuicio teorizador; viril, templado en su vehemencia, tan

morigerado en la vida —morigerado en su codicia— que no le espanta con su ademán la muerte —pues nada le arrebatara que él no haya ofrecido antes con humana dignidad—; cuando me acerqué a este hombre —y lo vi siempre solitario ante una tierra que lo circundaba sin proporción, dándole sufrimiento no sólo material sino de espíritu por aquello de Pascal — creí con alegría haber hallado el cogo: experiencia que no puede compararse sino con el goce extraño de hallar, de pronto, el objeto de un vago y hasta entonces no localizado amor.

.....

.....

He visto a hombres queriendo enseñar sin engaño, perseguidos por los funcionarios más latos, mal pagados, hambrientos; he visto a desconocidos y cultos periodistas corrigiendo la prosa de hombres eminentes que al día siguiente iban a ser espectacularmente felicitados por la prosa de esos artículos; he visto a hombres afligidos en las calles tristes, arrasando entre las luces babilónicas su gran ansiedad de conciencia, su extraña llena (¡hasta ya no poder más!) de dolor y de necesidad de creación, de expresión; he visto a grandes espíritus ahogados por el manejo tétrico de aquellos que los mandaban; he sentido en los corredores de la gran ciudad, hacia la madrugada, las huellas del desvelo inteligente de tantos rostros demacrados, perdidos; he esperado, ansiado, muchas veces escuchado el levantarse casi insensible, pero inteligible y ya como articulado, de todas estas gentes que llevan en los ojos la imagen universal de una nueva Argentina.

Los he visto. Y estos son los hombres “invisibles” de la Argentina, estos que he visto crear sin ficción, vivir sin alarde, sobrevivir sin resentimiento, no tener en la superficie del país el predicamento que enarbolan los aparentemente “grandes”, los fariseos, los filisteos.